

VICTOR MARTÍNEZ



JUVENTUD ROTA



*A Víctor y Clotilde, mis padres.
Os hecho mucho de menos.
Gracias por darme tanto amor.*

*Y por supuesto a Ana,
que me da su amor incondicional
y doma mi ansiedad. Y a Samuel, mi hijo,
que me recuerda cada día lo que es realmente
importante en la vida: la familia. Os quiero más
de lo que se podría explicar. No hay suficientes letras
en los libros para daros las gracias. Os necesito.*

Jugando con fuego

Álex era un joven flaquito, más bien de tez morena, pelo rapado al uno, que apenas seis meses antes había llegado a la mayoría de edad, medía un metro setenta y pasaba por unos momentos de adaptación en su nuevo estilo de vida, llamada libertad; había sido separado de sus padres como tantos jóvenes de su edad.

Posiblemente en esos momentos estaba muy sensible e influenciado por más de un año separado de lo que él conocía como su hogar, lejos de su familia, a esa edad si no te controlan estás en riesgo de ser influenciado por las modas, las personas o los que se llaman tus amigos. Álex empezaba a adaptarse a la libertad de la noche, acostumbrado a tener que presentarse todas las noches al cabo de guardia en el cuartel donde las almas de más de doscientos muchachos vagaban a su antojo, no había sido ni era un lugar para ninguno de ellos. Los sueños se rompieron a la edad de diecisiete, pues Álex la noche de Reyes del año 1988 se subió a un tren con destino Cádiz, y todos sus sueños y alegrías los dejaba en el andén de la estación, esa estación de Atocha donde

su padre y su madre le despedían junto su novia Sara y sus hermanas. Le decían: «Pronto iremos a verte; sé fuerte, cariño; tú tranquilo, hijo».

Recuerdo que mi padre lloró, pues se le iba su primogénito a un destino que él no podía controlar, y por donde él años atrás había pasado ese destino; era la vida, el servicio militar, y como no, todo camino conlleva sus riesgos. El tren salió de la estación a las 19:30 horas de un viernes día seis de enero, con no más de mil pesetas y un petate lleno de ropa, algún trozo de jamón, un poco de pan y unos chorizos que su madre le había preparado para el viaje; esa era su maleta y ahí llevaría sus recuerdos y sus emociones en ese viaje a lo desconocido.

Carlos era un chico de Barcelona que estaba en su vagón. Marcos era de Madrid, del barrio de Usera; Javi también era de Madrid; Luis de Baracaldo, más vasco que una *txapela*; y Rayo otro chico catalán de la zona de las Ramblas. Todos tenían en común una novia, juventud, poca experiencia y casi ninguna picardía. Recuerdo que Álex era un muchacho noble y alegre y en su cabeza llevaba las palabras que su padre le había dicho en casa y que le había repetido en la estación: «Ten cuidado con quién te juntas y al loro de lo que haces; ten cuidado, hijo». «Sí, papá». Y esa era su mochila; sus palabras su escudo de defensa. Él tenía mucha nobleza, como tantos jóvenes que se habían subido

al tren tenía poca experiencia en el trabajo y en el esfuerzo y eso no le preocupaba; eran jóvenes y él sabía que estaba preparando para cualquier cosa, eso era lo que él y tantos jóvenes creían en ese tren donde más de uno se hacía pasar por el más fuerte, y donde cada uno se contaba sus vidas y se sinceraban, y a la vez, se veía su carácter y se contaba la verdad y los secretos de sus corazones mientras intentaban coger su sitio en el vagón. Al llegar a sus asientos, el revisor, gorra en la cabeza y un *walkie talkie* en la mano, y en la otra un pica tique, te pedía el billete, ese billete que días antes te había mandado por correo certificado el Ministerio de la Marina a casa y que te avisaba de que estabas obligado a presentarte a las nueve de la mañana en el cuartel general de la Marina en San Fernando, Cádiz, el día ocho a las nueve de la mañana, y si no te presentabas cometías delito penado con cárcel. Era tu pase y a la par tu boleto de sentencia anunciada, te ibas acomodando a tu sitio el petate entre las piernas.

Recuerdo que se fumaba el tren, era como la chimenea de una fábrica en pleno rendimiento a toda máquina, mis compañeros de vagón se empezaron hacer unos porros, uno hacía guardia en la puerta por si venía el vigilante del tren, entre cerveza y cerveza porro en mano pasaba la noche, una noche que se hacía larga. Interminable. Ahí nadie dormía, pues las emociones y los nervios estaban flor de piel. En el vagón de

al lado había un chico que lloraba, era fuerte, alto, pero no se adaptaba a esa situación, renegaba de lo que era una obligación y de dejar a su familia atrás. Al principio la gente le animaba, le consolaba, pero al ver su fragilidad alguno abusaba de él, le daban collejas, le decían «Tú eres maricón», y el chico lo pasaba bastante mal. Álex se levantó de su asiento y entro en ese vagón, y les dijo a los que estaban junto a ese chico que el que se volviera a meter con él se las tendría que ver con él. Uno se levantó con aires de pelea y sin cortarse un pelo le dio un puñetazo que se le quitaron las ganas de volver a insultar a ese chico, que como él estaba en su corazón triste y apenado. Le invitó a cambiarse de vagón y entró en su grupo, de los que partir de ahí iban a ser sus compañeros de viaje en la aventura de ese año que acababa de comenzar tan raro y especial.

Llegaba el tren a Jaén y todavía faltaban cuatro horas para llegar a Cádiz, y los nervios seguían a flor de piel; el humo del tabaco, el alcohol y las cartas eran tu compañía en el viaje. Las fuerzas estaban ya casi acabando por el cansancio de más de doce horas metidos en ese tren que parecía que no llegaría nunca a su destino. Llegamos a la estación de Cádiz, empezamos a salir del tren y unos camiones estaban esperándonos para llevarnos a nuestro cuartel, entrábamos con la carta en la mano y nos asignaban barracones, cada uno tenía un nombre. A Álex y a sus compañeros

de tren que iban en su mismo vagón les tocó la compañía Legazpi.

—Mira, nombre de la plaza de Legazpi de Madrid —les dije—, empezamos bien.

Las literas eran de tres alturas, yo me cogí la de arriba; mi padre me lo había aconsejado unos días antes y tuve suerte. Los baños eran viejos pero estaban relucientes; no había taza de váter, todo eran letrinas y duchas largas donde no había intimidad. Nos dieron la ropa de uniforme, recuerdo que eran dos trajes azules y dos gorras y un traje blanco, un peto azul y un gorro blanco en forma de plato, ese era el uniforme para la jura de bandera y para salir de calle que se llamaba. Una vez todos uniformados tocaron la trompeta y llamaban a formar filas, el que llegaba tarde aunque fuera su primer día y que ni se había adaptado al nuevo destino automáticamente se le marcaba, y se le asignaba la tarea de limpiar esa semana las duchas y las letrinas. El sargento tenía ese aire de mando serio, firme y cara de tener pocos amigos; ahora pienso que tenía que ser así, si no, no se podría hacer con todos esos jóvenes salvajes que acababan de salir del tren. Nos llevaron a la enfermería y nos pusieron varias vacunas. Algunos chicos caían desplomados, bien por los nervios o por lo que te metían en el cuerpo; en la zona donde te ponían la vacuna se te inflamaba el hombro una semana y a algunos les daba fiebres altas.

Te hacían un reconocimiento médico o eso decían, si tenías los pies planos o alguna otra anomalía te mandaban a casa: «No apto para el servicio militar», y te licenciaban sin apenas llevar un día en el cuartel. También si eras de los que dabas problemas o no te adaptabas te metían en el calabozo que estaba junto a la enfermería durante quince días, y te decían que o te amoldabas o jurarías bandera después de tus compañeros, lo que eso implicaba que podrías estar un mes más en ese cuartel y terminarías más tarde tu servicio militar. Para todo había un método, una disciplina, y se basaba en «yo mando y tú obedeces». Hacíamos colas para todo: para comer, para ir al baño, para formar, todo con una medida de un brazo de distancia.

El día pasó muy rápido, y esa misma noche empezaron los problemas de más de uno. Nosotros hicimos un trato: que cada uno cuidaría del otro; así evitaríamos que cualquiera de nosotros tuviera más problemas de los necesarios con cualquier idiota que se arrimara a nosotros. Esa misma noche pillamos a dos que estaban robando en las taquillas y en los petates. Había varios chicos de guardia que paseaban por el pasillo donde dormíamos, pero eran igual que nosotros y ya te puedes imaginar, si delante tenías a uno que era más malo que tú te dabas la vuelta y le dejabas hacer lo que quisiera. Eso sí, que no se acercara a nuestras taquillas, pues se llevaría su merecido.

A las seis de la mañana tocaban la trompeta: «Quinto levanta, tira de la manta, quinto levanta, tira del mantón». Así todos los días; te tirabas de la litera, te vestías rápido, te ponías las botas y salías a formar. Igual día tras día, y si llegabas tarde ya sabías tu castigo: a limpiar letrinas y duchas. Una vez pasado el recuento teníamos una hora para ducharnos y afeitarnos e ir a formar para ir a desayunar, un café, unas galletas, un *pistolín* de pan y abecés, un poco de mantequilla y mermelada de fresa o melocotón. Siempre cogía algún bollo de más pues a media mañana apretaba el hambre. Salimos de desayunar, una hora de descanso y de nuevo a formar; te avisaban por megafonía o con la trompeta para estar en formación en la plaza del cuartel junto a los barracones, y el capitán o el sargento te daban las instrucciones. Nos hacían dar vueltas al cuartel durante dos horas con un rifle de madera que pesaba casi cuatro kilos todos a la carrera y en formación, luego hacíamos cinco vueltas en fila de uno y esa era la formación día a día durante veinticinco días. Teníamos tres teléfonos para dos mil chavales, y cuando podías llamar a casa habían pasado más de dos semanas, tu madre preocupada:

—Hijo mío, ¿estás bien? Nos tenías asustados.

—No, mamá, todo está bien; somos muchos y es difícil poder llamar a casa. ¿Cómo estáis tu y papa, y las hermanas?